



En la habitación de su estado le cogió amor, atrapé el globo en el aire y quise apagarlo con los apalancados de sus manos, pero en ese preciso momento el globo explotó y una llamarada roja y blanca en forma de bomba de gases ardientes explotó contra mi rostro.

El grito que dió y que repetieron a su alrededor los amigos consternados decía de lo que había sucedido, de que había sido víctima la Hirtadora Ideal.

Todos vieron que se había fundido una belleza, que se había quemado un rostro, que después de aquello la cara de su rostro impensado e infantil tendría esos grumos horripilantes y esos engorgamientos de goma en bruto de las facies ciantrizadas de sulfatación.

**EL GLOBO MORADO**  
 Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA  
 (Para La Nación)  
 MADRID, julio de 1932  
 ILUSTRACION DE BARTOLOME MIRABELLI

Luis Ocheandía estaba aquella noche como loco, con las greñas sobre las sienes como "marcado" de champán, livido de jaurica.

Perseguía los globos de todos como queriéndoles arrancar su pedazo, como si así se cesaba en las ilusiones flotantes sobre las parejas envueltas en egoísmo. Pero surgían nuevos globos y había demasados para que, se saliese con la suya de destructor.

AGDALENA coqueaba con todos y reía. Llámabala flirtear a lo que hacía, pero aquello no era un flirteo sino algo más catastrófico, ya que acababa el corazón de su sitio a todos los que se acercaban a sus ojos.

No negaba sus miradas a nadie y con su mirar transformaba la maquinaria sentimental del reloj de la amorosidad de cada uno de sus galanteadores.

Todos por veces se acercaban a aquellos ojos y se quemaban en ellos siguiendo el ritmo de aquellas miradas que parecían cantar una copla por partes, primero la invocación, después en el centro de la mirada, lo más intenso del decir, después al final el estribillo.

Los tres tiempos de aquellas miradas eran lo perturbador en ellas, porque para las miradas largas y en un solo tiempo, por muy intensas que sean, ya hay defensas en los hombres.

Primero abría los ojos como si cacuchase la interrogación de la mirada varonil, y en vista de que la mirada del hombre pella la "copla", la cantaban sus ojos lentamente y después de caer en la boca del que la contemplaba, la dejaba morir en su propio regazo, como si desfalleciera vencida, como si cayese en un cabeceo de sueño y modestia.

A continuación Magdalena aprovechaba la ocasión para reír y así desvirtuaba lo dramático de sus miradas y les quitaba la intención que parecían haber tenido.

—Ya ha caído Alberto.  
 —Ya ha caído el de Blaças.  
 —Ya tiene prendido a Juanito.  
 —Ya tiene loco a San Lauro.  
 —Ya murió Don Juan.

Era insaciable y presumía de su seducción:

—No envíe a la mujer más bella... Como yo quiera, me quedo con el más plustado.

No la ajaba el flirtear constante y eso sorprendía a todos. Siempre estaba en faena, cantando la "copla" de sus miradas, la misma y distinta por esa facultad que tienen las buenas coplas bien entonadas de poderse estar cantando siempre sin que sean monótonas.

No se guardaban rencor todos los que la trobaban, pues todos se sentían igualmente despedidos por las risas que brotaban después de las miradas y reconocían en ella a la engañadora que encantaba las vidas con sus engaños, pero en todos quedaba roto un camino, despuñtaba una pasión, muerta una alegría.

—No puedo recordar —decía ella—. En cuanto me separo de uno tengo que pensar en otros.

La vida se hacía en todos más breve, más caducada y mucho más efímera. Era un ver y dejar de ver subitáneo.

Tres flirteadores de Magdalena se sentaban en el trestillo del salón para descansar del amor, y los tres se hablaban como desahucados. Habían oído el mismo cantar y se habían quedado tristes de habérselo oído.

Se sabe que son vanos y que no van a ninguna parte, algunos caminos de amor y sin embargo cuando se vuelve del ramón marchado se vuelve como de haber fallado el mejor de los viajes.

Así llegó esa segunda nota de los vales con cená previa en que parecen haberse multiplicado los asistentes porque crece su algarabía, y entonces los más avezados comenzaron a alar "menús" al hilo de los globos y prulentiéndose fuego había un momento en que la llama llegaba al globo e incendiando su vejiga el gas explotaba con detonación y fogonazo.

Las bárbaras tracas sobresalaban el salón y se avivaba la risa laconante de los que ya estaban flojos y punojos.

Luis, en medio de aquel bombardeo de globos, tuvo la llamada de su destino, el empujon de su fatalidad y buscó a Magdalena entre los invitados. El tema que incendiar su globo. Una voluntad impetuosa le marcaba aquel deber.

—No sabe amar, ¡pero sabe odiar en una manera!  
 —Por lo menos no engaña... Confiesa haber dado miradas como esas a mil viajeros.

—Si continuase sus aventuras no hubiera quedado nada para nosotros. Ni sus miradas... Habríamos llegado tarde. Se cansaban en frío sus deslustrados y miraban con avidez al nuevo, al que aun creía en la declamación de sus ojos, al que no sabía que aquello sólo era juego de breve confidencia.



**FLORERIA**

Si las comprás vos sí.  
 ¿Te gustan esas flores?

Rulito de Oro me ha regalado este ramo de flores y le ha costado veinte centavos.

No llonés. ¿Que te importa a vos del ramo de flores y que le ha costado veinte quilas?

Yo gustaría en llinonada los veinte quilas.

¿Cómo se conoce que Udes no la quieren a Esterbilla como la quiero yo!

Tengo una idea. Enjerramos el jardín de Rulito y le robaremos todas las flores. Así tendremos un ramo más grande, que el que compro él.

Lo vamos a embromar con sus propias flores.

¿Rápido muchachos, que si nos mandan a la comisaría!

Ella nunca decía "no" ni "astoy aarta", sino que con inagotable y ligereza cantaba clavaba en él la saeta, tan pronto álgida tan pronto agonizante de su mirada ósea.

—Se afila en mí para otros", pensaba Luis, pero era tan suficiente aquel empleo junto a una mirada tan extraordinaria, había conocido a tantas mujeres que cuando más deban mucho menos, que seguía al pie de su altar.

—Seré eterno pobre de tu puerta —la decía él con pasión de hombre sentado en el quicio, caído al borde de la acera de sus correrías.

OS días de fiesta, extraordinaria en el Ritz perdía la cabeza y era como una llama saltándose de su desahuc.

Así la noche de la moda blanca, Magdalena corría por en medio de las mesetas del salón del gran hotel, como un fantasma de alegría, vestida con la más fina sabanilla, prendida por dos broches y cayendo en puntas desiguales como si se hubiera puesto la túnica de hirtada con elegancia en medio de la precipitación del incendio.

Todos los grupos eran trincheras de bromas y piropeos y esperaban los salidos de tramplón de los que animaban el baile.

Los camareros, como si hubiesen perdido su suministro de subalternos, metían a puñadas los globos con aire de jurguistas, haciendo goar en el coro mundano y aristocrático. Después volvíase a su seriedad de brazos caldos y vetas como los globos eran empujados hacia los tejados puestos de los más formales.

Yo no lo vendo. Solamente quería saber cuanto valía.

¿Cuanto me pagaría Ud. por este ramo de flores?

Se lo compro por un peso.

Yo no lo vendo. Solamente quería saber cuanto valía.

¿Todas son para mí? ¿Qué lindas, Carlitos! ¡Ay!

Rulito de Oro es un pobretón, en comparación conmigo. Él le regaló un ramo de veinte quilas, pero yo le doy este que vale un peso.

